

Qué suerte la mía

Javier Borrego Estrada

Conocí al Doctor Alfonso Pérez Romo al inicio de los años 80, cuando acompañé a don Antonio Llaguno Ibarzüengoitia, ganadero de Torrecilla, a una corrida de toros de ese histórico hierro de Aguascalientes. Yo, muy joven, inmediatamente quedé cautivado de su educación, sencillez y buen trato; enseguida me percaté de que estaba ante un gran aficionado a los toros; después coincidí con él en la ganadería de Matancillas, a invitación de los matadores de toros Ricardo y Luis Fernando Sánchez, que le echaron un par de becerras. También me sorprendió lo bien que toreaba y sobre todo la personalidad y solvencia con que lo hacía; coincidí luego con él en la ganadería de Santa Fe del Campo, de los hermanos Juan Diego y Lucio Pablo

Gutiérrez Cortina, a donde fue a reseñar una novillada. Fue tanta mi afinidad con él, que, como dicen, de ahí *pal real*.

En 1992 me mudé de Zacatecas y establecí mi residencia en Aguascalientes. Me hice amigo de mi hoy querido compadre Juan Ángel José Pérez Talamantes, con lo que se acrecentó mi amistad y cercanía con él. Era frecuente pasar domingos en casa de Juan viendo la transmisión de las corridas de la Plaza México, con los consecuentes comentarios hacia ellas. En las reuniones familiares y de amigos nos bajaba el “duende” de la bohemia y me gustaba acompañarle en todas esas melodías de Agustín Lara que tan bien interpretaba. Le llamaba la atención que me supiera canciones que incluso algunos de los músicos ya no interpretaban, como “Ausencia”, “Humo en los ojos”, “Mírame”, entre otras; para las rancheras “viejíitas” tenía una muy especial manera de interpretarlas, con ese aire de aquellas épocas que seguro vivió y disfrutó con esplendor.

Vivir la Fiesta de los Toros con conocimiento, entusiasmo, afición, pasión y cultura, a través de gran parte del siglo pasado y lo que va de éste, es algo que muy pocas personas tuvieron la posibilidad de presenciar; el toreo se fue transformando en lo que hoy es. El Doctor fue uno de ellos, y yo, a través de él, charlando, analizando y bebiéndome ese bagaje de historia que para mí fue enriquecedor; comprendí y entendí algo que sólo había leído. A través de su mano, fue más fácil; esa conversación tan nítida y sensata era una verdadera delicia.

Aficionado es el que tiene el gusto por alguna actividad o espectáculo, pero en la Fiesta de los Toros, que es un universo de manifestaciones artísticas y dramáticas, en el Doctor se desarrolló con mayor gusto y profundidad. En los aficionados y profesionales de la Fiesta, hay los que simple y llanamente asisten a disfrutar un espectáculo en el que, como dijo él, “se siente y se vive el rito”; otros se convierten, con base en su afición, en estudiosos del toreo, algunos en estadísticas y efemérides, otros en biógrafos de toreros o críticos, donde generalmente el torero es el centro del espectáculo; también hay quien vive

la sensación de torear en tientas y festivales, como aficionado práctico, alimentando su pasión con esa sensación única e inigualable que es torear; otros, plasmando en un lienzo o una escultura o en unas notas musicales, todo ese complejo sentimiento de drama, rito y pasión que se vive en una plaza de toros.

La afición del Doctor nació en su infancia y fue envuelta por la época de una provincia mexicana llena de costumbres y tradiciones. Él mismo narra que, en los barrios, los chiquillos corrían tras el convite que despertaban fantasías, sueños y emociones, con la ilusión de conocer una plaza de toros y sus toreros; ahí nacían, en estos niños, esos pases al viento con cualquier trapo y jugar a las corridas de toros con sus amigos en una vida feliz, con paz en las calles, sin tecnología, donde los niños eran eso, niños con la inocencia bendita de esas almas limpias, con pureza, ingenuidad y libres de maldad: escuchaban ya los nombres de los toreros famosos de la época, haciéndolos sus héroes e inspirándose en ellos para torear y estoquear en sus corridas imaginarias, donde se llenaban de gloria, aplausos y ovaciones.

Cuando llega al Doctor su etapa de estudiante y se traslada a la Ciudad de México es donde afianza y forma su afición; era una ciudad con dos millones de habitantes, abundaban coches de lujo y monumentos; llega Miguel Alemán a la presidencia; hay una gran migración de españoles después de la Guerra Civil y estalla la Segunda Guerra Mundial. En lo taurino: la época de oro. Fue ahí donde el Doctor vivió, en el Toreo de la Condesa, una época histórica en nuestra tauromaquia; muchas veces me llegó a compartir, en nuestras tertulias, la gran ilusión que le provocaba ir a las corridas y ver a esas grandes figuras; tuve el honor de que me regalara su colección de revistas *La Lidia*, de esas temporadas, lo que me ilustró y me hizo comprender todo lo que me contaba.

Lo más admirable del Doctor, como aficionado, fue, sin duda, su equilibrio para ver la Fiesta. En un espectáculo tan pasional, es difícil poder ver las cualidades de todos los toreros,

la mayoría de aficionados les nubla la pasión en sus juicios y magnifican los defectos de toreros que no son de su gusto; a él nunca lo oí enjuiciar, siempre daba opiniones hacia lo bueno, lo positivo, lo que suma, lo que enriquece el juicio y el alma, lo que hace que la Fiesta de los Toros sea bella y conserve su esencia. Lo escuché hablar del capote de Pepe Ortiz, de la sobriedad de Jesús Solórzano, de la garra de Paco Gorráez, de la sabiduría de Fermín Espinosa “Armillita”, de la personalidad arrolladora de Lorenzo Garza, del sentimiento y pasión de Silverio Pérez, de la facilidad y poderío de Carlos Arruza, de la reciedumbre y carácter de Luis Castro “el Soldado”, de la pinturera de David Liceaga, del corazón de Antonio Velázquez, del duende y clase de Alfonso Ramírez “el Calesero”, de la mexicanidad de Gregorio García, del carisma y contrastes de Luis Procuna, de la elegancia, empaque y pureza de Joaquín Rodríguez “Cagancho”.

También, sin duda, fue una gran época para las ganaderías mexicanas. Nuestras charlas tenían, para mí, un gran interés, por mi condición de ganadero, de modo que con él podía escuchar la visión de un gran aficionado que me dio juicio y una perspectiva de cómo era el toro de esos años. La rivalidad ganadera de entonces, además de enriquecer el contenido del espectáculo con tantas figuras de tan diferente estilo, hizo que existiera, entre la afición, no nada más la pasión por los toreros, sino la pasión por el juego de los toros: por un lado, Zacatecas con San Mateo y Torrecilla; por otro, Tlaxcala con Piedras Negras, La Laguna y Zotoluca; sin dejar de mencionar a Jalisco con La Punta y Matancillas, entre muchos otros ejemplos. Siguiendo con nuestras charlas, puntualizaba cómo esa pasión de la afición se vivía también en las figuras, pues Garza encabezaba la preferencia por los Llaguno, y Armillita por Tlaxcala y La Punta. Y los seguidores de ambos también se manifestaban: unos por los toros zacatecanos y otros por los tlaxcaltecas, lo que ponía un ingrediente de furor en los tendidos, pues hacía que las tardes de toros fueran muy intensas en éxitos o broncas.

En su etapa empresarial, marcó un parteaguas en nuestra feria. Tuvimos la oportunidad de ver muchas coletas peninsulares. Antes de que se formara la empresa con don Julio Díaz Torre, Eduardo Solórzano y el propio Doctor Pérez Romo, venían únicamente los españoles consagrados, así que, de la mano de esta empresa, pudimos ver muchas caras nuevas de la baraja taurina española, de los cuales sólo teníamos referencia a través de la prensa y algunas filmaciones de aficionados que asistían a muchas de las ferias españolas: Nimeño II, Curro Vázquez, José Antonio Campuzano, Víctor Mendes, Manzanares y Capea marcaron ya lo que fue una época histórica en nuestra Feria de San Marcos.

Con motivo de su cumpleaños 80, me llamó mi compadre, Juan Ángel, con la idea de festejarlo con sus amigos y familia en un entorno taurino. Me dijo que Manolo Espinosa “Armillita” amablemente les prestaría su cortijo y me pidió dos becerras para que su papá “echara la capa”. A mí se me ocurrió mandar cuatro becerras, dado que muchos de los invitados tenían el “mal de montera” (entre ellos, el propio Juanín) y con dos iba a ser insuficiente. La intención era que nadie se quedara sin torear, así que envié, para tal propósito, las cuatro. La gran sorpresa fue que el Doctor ¡toreó las cuatro! Lo que, en lo personal, me dejó atónito. Torear cuatro becerras, a los 80 años, exige mucho, hasta para un profesional. Fue un gran día con tan querida familia que recordaré siempre.

La vida pone en nuestro camino personas que se llegan a querer para siempre, que nos enseñan a ser mejores, que enriquecen el alma y espíritu, que nos hacen ver cuán difícil es encontrar seres humanos como don Alfonso Pérez Romo, que con sencillez y humildad forjó su grandeza. Después de esto, querido Doctor, me serviré un escocés, tomaré mi guitarra e imaginaré, con gran cariño, acompañarle con su “Negra”, su esposa consentida.

Aguascalientes, primavera de 2024

